

# Rasgos espirituales que emanan de las Constituciones.

## Suprema regla: la caridad

---

Al empezar a preparar esta charla, me propuse entresacar de las Constituciones todas aquellas cosas que en ellas hacían referencia a la caridad, para luego poder darlas un orden lógico, dentro de una lógica espiritual y responder así al título propuesto. Pero como me pasa muchas veces, al empezar me fijé en una frase, me puse a escribir y al final, lo que os puedo pobremente ofrecer es la reflexión que me ha ocupado la cabeza a propósito de unas pocas afirmaciones que se encuentran en el decreto de aprobación de las nuevas Constituciones y en los primeros puntos que hablan de la Naturaleza del Oratorio.

Hay que recordar antes de nada, que el texto de las Constituciones, tanto el actual aprobado en 1989, como el anterior, suponen la vida espiritual de san Felipe y de sus hijos, y está al servicio de su conservación y desarrollo a lo largo del tiempo. Un texto como este de las Constituciones no tiene como fin originar una vida espiritual, sino una vez que esta vida espiritual es dada por el Señor y es recocida por la autoridad eclesial, tiene el fin de preservarla y ofrecer los cauces adecuados de su desarrollo.

He dicho que una afirmación del Decreto de Aprobación captó mi atención. Y quiero hacer notar que son las palabras de quien desde el puesto de la autoridad eclesial mira hacia nosotros. En dicho decreto encontramos enseguida la comprobación, la testificación de un hecho: los miembros de la congregación llevan **“una vida fraterna común, tendiendo a la perfección de la caridad”**. La vida común y la tendencia a la perfección del amor se convierten así, desde el principio en la seña de identidad de cada Congregación del Oratorio. La traducción española dice “aspirando”, pero creo que traducir, como la italiana, “tendiendo” expresa mejor el sentido del origen y de la naturaleza de Congregación de Roma y, a partir de ella, de cada una de las Congregaciones. Me parece que “aspirar” puede entenderse de una forma más difusa, como algo que tiene que ver más bien con ideas que muchas veces no salen de la cabeza que las produce, mientras que “tender” puede indicar mejor una vida en movimiento, una vida que se desarrolla y crece, aunque sea con obstáculos, con parones o marchas atrás. “Tender” puede indicar mejor la realidad de un organismo que está vivo y se mueve hacia un objetivo.

Me pregunto tres cosas: ¿cuál es el origen de esta vida fraterna común y de su tender a la perfección de la caridad”? En segundo lugar me pregunto sobre lo que realmente es esta perfección de la caridad que ya se muestra aquí como el fin. Y en tercer lugar me pregunto sobre este acto de tender, ¿en qué consiste esta tendencia? Repito lo que dice el texto: los miembros del oratorio **“llevan una vida fraterna común aspirando —o tendiendo— a la perfección de la caridad”**.

La caridad consiste en el amor personal a Dios, en primer lugar. La tendencia a la perfección de cada uno en el amor a Dios, incluye, en su camino y desarrollo vital, el amor al hombre:

- a los hombres en general, que son objeto de la atención y de la acción misionera de la congregación;
- del Oratorio, en sentido en el que se habla en el número 2 de las constituciones, como de **“una unión fraterna de fieles, que siguiendo las huellas de san Felipe Neri, aspiran a poner en práctica lo que él enseñó y vivió”**,
- e incluye, claro está, la caridad fraterna de los miembros de la Congregación.

Creo que es fácil entender que tanto el Oratorio como la Congregación del Oratorio, y todas las relaciones entre sus miembros, tienen un único origen y un único fin. El origen está en el trato personal de san Felipe con Dios. El Oratorio y la Congregación nacen como una donación y una participación de esta relación personal de san Felipe con Dios. Y el único fin de esta relación de san Felipe con Dios de la que somos partícipes, no es otro que el de alcanzar la plenitud de esta relación en la vida eterna. Todo el entramado de relaciones y toda la caridad que los miembros del Oratorio y de la Congregación se tienen y se deben y es necesario preservar y hacer crecer, tienen como origen el trato personal con Dios y como fin la comunión cumplida con Dios en la Vida eterna.

Comencemos por lo que puede parecer más inmediato, por esta vida fraterna común de los miembros de la Congregación.

Recuerdo, a modo de anécdota, que antes de que nuestra congregación de Getafe llegase a ser propiamente Congregación del Oratorio, charlando con un viejo amigo de la facultad, el primero que me había hablado muchos años atrás de Newman, porque su tesis de doctorado en filosofía versaba sobre él, llegamos a un punto de la conversación en el que abordamos la actual situación del matrimonio de muchos de nuestros conocidos, amigos o familiares. Yo le dije que la actual situación de la vida matrimonial que viven muchos de nuestros contemporáneos era realmente inhumana y terrible. ¿En qué sentido? —En el sentido de que nada está asegurado, que tanto el hombre como la mujer saben que su relación no es realmente sólida. Eso significa que uno, si quiere mantener la relación, debe ganarse cada día el afecto del otro y esperar que no aparezca un tercero más atractivo, más inteligente, más amable, más afectuoso... El hombre o la mujer deben estar en un esfuerzo constante por hacerse merecedores de la preferencia de su propia pareja. Alguno puede pensar que esta situación tiene sus ventajas, porque exige que se tienda hacia lo mejor. Pero yo creo que esta situación es inhumana, que el hombre no puede permanecer en una constante tensión por hacerse merecedor del amor de su esposa. Al contrario, el amor necesita de la estabilidad que da la gratuidad. El amor humano sólo se desarrolla en el suelo firme del amor que es gratuito, que no es merecido, que no depende de mí. La mujer necesita saber que el amor de su esposo no depende de que ella permanezca joven y atractiva. El hombre necesita saber que el amor de su esposa no depende de su éxito laboral.... Cuando el esposo o la esposa no tienen esta certeza, el temor lo envuelve todo y la vida se vuelve terrible. El amor humano, tanto el amor paterno-filial, como el amor de los esposos, como el amor de los amigos, sólo crece de veras si

su suelo es la gratuidad, la donación de un amor que no está determinado por mis méritos. El niño crece en paz y en verdadera capacidad de amor, porque sabe que por encima de sus logros o de sus meteduras de pata, tiene asegurado el amor de sus padres. Si el niño no tiene esta seguridad se vuelve mentiroso y crece con temor. Hablábamos de estas cosas y del sufrimiento que engendra en niños y en adultos la inestabilidad, la ausencia de un amor cierto y firme a partir del cual construir y afrontar las dificultades de la vida, las tentaciones, la enfermedad, los reveses en el trabajo, el dolor...

Entonces, hablando de estas cosas, me di cuenta de que el gran don que se nos había concedido a nosotros, a Julio, a Alberto, a Quique, a Pedro y a mí —no sé si Jonatan y Raúl vivían ya con nosotros—, mucho antes de llegar a ser Congregación del Oratorio, era justamente éste: el de un amor fraterno y estable. Se lo comenté así a mi amigo. Nosotros habíamos recibido de Dios el don de una relación de estas características. Desde que ya en el Seminario, Alberto, Julio y yo nos decidimos a emprender una vida sacerdotal juntos, lo hicimos con la conciencia de que nuestra relación no era circunstancial, sino que lo sería hasta la hora de la muerte. Eso nos ha dado siempre una gran libertad y una gran estabilidad emocional. No necesitamos mentirnos y no necesitamos disimular lo que vemos en el otro y debe ser corregido. Mi amigo, que me conoce desde los 18 años, me miró emocionado y me dijo que ciertamente habíamos recibido un gran don.

Ciertamente es un gran don, que nosotros recibimos antes de conocer el Oratorio, pero nos hizo posible reconocer el Oratorio como nuestra verdadera casa cuando de forma inesperada lo conocimos. Ahora bien, el origen de esta relación y el fin de esta relación, tal como ya hemos apuntado no está en nosotros mismos.

Volvamos a la imagen del amor conyugal. Rilke, el poeta checo no precisamente cristiano, observa la siguiente paradoja: que el amor entre un hombre y una mujer es el amor entre dos seres necesitados de un amor infinito pero que poseen sólo una capacidad limitada de amar. Y añade que, si no es en el horizonte de un amor más grande, acaban devorándose el uno al otro. Dice así:

*Esta es la paradoja del amor entre el hombre y la mujer: dos infinitos se encuentran con dos límites. Dos infinitamente necesitados de ser amados se encuentran con dos frágiles y limitadas capacidades de amar. Y sólo en el horizonte de un amor más grande no se devoran en la pretensión, ni se resignan, sino que caminan juntos hacia una plenitud de la cual el otro es signo*

Y así es realmente. Es cierto que el hombre tiene necesidad de un amor infinito, eterno y perfecto. Y es cierto que, por el contrario, la capacidad que tiene de ofrecer un amor de este tipo al otro, es muy limitada. Se espera del otro lo que exige el deseo natural del corazón, un amor perfecto, pero uno sólo puede ofrecer una capacidad muy limitada de amor. Al mismo tiempo, el otro está en la misma situación. Así que si no aparece el don de un amor más grande, los dos terminarán insatisfechos, conformándose con una útil convivencia, o destruyéndose en la exigencia de que el otro me dé lo que en realidad no puede darme.

La gracia del matrimonio cristiano es que estos dos amores con una necesidad realmente infinita pero con una capacidad de muy limitada de generar amor, caminan en el horizonte de

un amor más grande, que se convierte en el fin de ambos. Y no sólo en el horizonte final de sus vidas, sino también en el suelo en el que se pisa en el presente para caminar hacia ese fin. Esto no es otra cosa sino el amor de Dios, que ya sostiene y redime la debilidad humana y se presenta al mismo tiempo como el fin perfecto, el amor perfecto, al que tiende el hombre.

Siguiendo la imagen de este amor humano, la Congregación del Oratorio es una suerte de familia que ha sido generada por el amor de Dios, que sostiene nuestra caridad fraterna y redime sus pequeñeces, sus mediocridades y sus pecados, y que tiene como fin verdadero y único el amor de Dios. La famosa **estabilidad** del Oratorio y de su Congregación no puede entenderse sino como originada y sostenida constantemente por la misericordia de Dios y como un verdadero tender de la vida de cada uno, apoyado y ayudado de los otros, hacia el amor perfecto de Dios. La caridad, la vida fraterna, la vida familiar de la Congregación no se sostiene sobre sí misma sino que se construye sobre el suelo firme de la misericordia divina y en el horizonte del amor eterno y perfecto de Dios.

Estas son, a mi parecer, las coordenadas en las que hemos de situar este tender hacia la perfección de la caridad que ya aparece en el primer párrafo del decreto que establece las nuevas Constituciones. El origen real y siempre presente es el amor de Dios manifestado de una vez por todas, de forma plena en el misterio de la cruz y de la resurrección de Cristo, que es un misterio de amor actual y presente por la virtud de la fe y por la Eucaristía. Nuestro querido Newman se llenaba de asombro por esta doble presencia de la realidad del misterio de Cristo en el presente de la vida cristiana, de esta presencia que en el alma humana obra la fe, según las palabras del Apóstol: **“Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones”** (Ef 3,17). Y de la presencia de Cristo en la Eucaristía y por ella en la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Esta presencia real de lo que se ha dado de forma definitiva en la historia es el origen de todo en la vida cotidiana de la Iglesia y también del Oratorio, esta entrega definitiva de Cristo que lo es en la historia, pero que es actual, verdaderamente actual y presente por la fe y el Sacramento.

Todos conocemos la importancia que el don del Espíritu Santo tuvo en la vida de san Felipe y en origen de la Congregación del Oratorio. Ahora bien, la obra del Espíritu Santo no es una obra diversa de Cristo. El Espíritu Santo es siempre el Espíritu del Hijo. Ya en la eternidad de Dios, es la unción del amor con el que al Padre ha envuelto a su Hijo amado. San Justino habla por eso de una unción pre-cósmica del Verbo, una unción anterior a la Creación, anterior al tiempo. Y, cuando el Verbo entra en la historia como hombre, el Espíritu Santo es también su unción, la Unción del Verbo Encarnado. El Espíritu siempre es Espíritu del Hijo. El Espíritu Santo conduce al Pueblo de Dios a lo largo de toda la economía salvífica hacia su plenitud, hacia el Verbo hecho hombre, muerto y resucitado. Lo conduce como Espíritu profético, es decir, como Espíritu que mira el cumplimiento. Y a partir de la exaltación del Cristo, el Espíritu de Cristo se dispensa ya sobre la Iglesia como “Espíritu Filial”, el espíritu del hombre-Dios que nos hace partícipes de la relación única que el Hijo eterno, ahora ya también verdadero hombre, tiene con su Padre. Para los cristianos el Espíritu Profético que conduce a Cristo se convierte también en Espíritu filial, que nos une más y más a la realidad propia del Hijo eterno, esto es su filiación eterna.

Por tanto, el Espíritu Santo, en el devenir de la historia de la Iglesia no hace sino volver nuestros ojos hacia el don ya dado de una vez por todas en Cristo, pero que permanece presente por la fe y el Sacramento. En España somos hijos de una tradición que ha expresado de una forma muy eficaz el hecho de que en la economía salvífica la realidad del Verbo hecho hombre muerto y resucitado, es una realidad no superable, que no podemos ni debemos ni necesitamos esperar otra salvación. La tradición espiritual española lo ha hecho subrayando una devoción y un amor especial a la humanidad de Cristo, a su realidad humana. Ejemplos de este amor en extremo realista a la humanidad de Cristo, son Santa Teresa de Jesús o san Ignacio de Loyola. San Felipe participa también de este amor y de esta atención a la realidad insuperable del Verbo hecho hombre. La famosa frase que tanto repetía expresa este amor a la realidad ya dada en Cristo y en la que el Espíritu Santo nos une cada vez con mayor fuerza y profundidad: *“Gesù, sii per me Gesù”*.

Y su amor al diálogo con la Escritura, que queda recogido en las exigencias de las Constituciones viene también de aquí. Ya en el capítulo I, que trata de la Naturaleza del Oratorio y de la Congregación, dice —nº 3— que el Oratorio fue reunido para el trato familiar con la Palabra de Dios, la oración mental y vocal.... Y dice que en la Congregación —nº 7— ocupa siempre el primer lugar, el trato familiar con la Palabra de Dios, el coloquio espiritual. La Palabra de Dios es Cristo vivo. Ahora bien, si la Palabra de Dios es Cristo vivo que nos alcanza en el presente a través de la Iglesia, la Escritura es el testimonio, que permanece como testimonio insuperable, de su revelación y de su obra salvífica, el testimonio a partir del cual comienza siempre la relación cristiana con Dios, el testimonio divino a partir del cual se genera la verdadera oración cristiana y el verdadero trato con Dios. No hay verdadera oración cristiana si antes no hay escucha de esta Palabra.

Me he querido detener en estas consideraciones para expresar mi convicción de que la perfección de la caridad de que vengo hablado, no puede prescindir nunca de su verdadera fuente y de su verdadero objeto. El origen y el fin de la caridad perfecta están en Dios, punto primero. Punto segundo: es necesario volver constantemente al origen de la manifestación y donación definitiva y gratuita de este amor para poder caminar hacia el fin definitivo. Es necesario suplicar constantemente: *“Gesú, sii per me Gesù”*. Y es necesario volver los ojos hacia el testimonio apostólico de Cristo, el testimonio de las Escrituras y hacia los Sacramentos, para desarrollar este camino hacia el futuro. Es necesario suplicar constantemente el don del Espíritu que nos injerta más y más en la relación personal con Cristo, el Ungido. Me vienen a la cabeza dos frases del Apóstol, que creo que resumen esto que quiero decir, una es su insistencia a no olvidar la pasión y la resurrección de Cristo: *“Haz memoria de Jesucristo, resucitado de entre los muertos”* (2Tim 2,8); otra es la expresión de su propia vida espiritual: *“Mientras vivo en esta vida, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2,20). La palabra “mientras” indica un camino que espera su fin, pero este camino se sostiene no sólo por la espera del fin, sino por la memoria de su origen: “la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”. La persona de Cristo, su entrega y su victoria, el acontecimiento pascual está en el origen de todo. La Eucaristía no hace sino actualizar para nosotros esta realidad de su presencia personal y de su acción salvífica.

También esto es la fuente de donde brota un amor real entre los miembros de la Congregación. Cuando un miembro de la congregación no bebe de esta fuente: 1) se hace incapaz de amar a los otros con el mismo amor con que Dios nos ama. 2) Pero, sobre todo, hace imposible que los otros miembros lo amen como tal miembro de la congregación. Sencillamente se ha colocado al margen, se ha colocado fuera de la corriente de vida en la que se desarrolla la Congregación. Los miembros de la congregación deben el amor a todos: a los de cerca y a los de lejos, a los cristianos y a los paganos, pero no se nos pide que formemos con todos ellos una casa común, sino sólo con aquellos que comparten el diálogo amoroso con Dios del que nos hizo partícipes san Felipe, del que el Espíritu Santo hizo partícipe a los que hemos sido llamados a cada una de nuestras congregaciones.

Cuando un miembro sale de esta regla hace imposible la comunión original. Por lo tanto, antes de admitir a un candidato de forma definitiva en la comunión de la casa, este punto debe ser un punto de discernimiento fundamental: el hecho de que ya participe, de veras, de este trato familiar con Dios. Este es el origen del único vínculo que nos une y que da forma a cada una de las Congregaciones y por tanto, es necesario asegurarlo por encima de cualquier otra consideración. No se puede esperar, con buena intención, a que en el futuro se dé. Si no se participa de este trato verdadero y personal con Dios tal como lo hemos descrito, el candidato no es apto para ser admitido en la Congregación.

Bien, hasta aquí, he hablado de la relación fraterna y de su origen, sobre todo. He aludido también a su fin, aunque sobre todo he hablado del origen de esta caridad que tiende a la perfección. Ahora quiero hablar sobre más del fin y de lo que propiamente es la tensión, la aspiración, la tendencia hacia la caridad.

Recuerdo unas palabras que oí cuando era muy jovencito y que me propuse entonces no se harían realidad nunca en mí nunca. Son estas palabras de Oscar Wilde, que tampoco es un cristiano ejemplar: ***“Hay algo de trágico en el enorme número de jóvenes que comienzan la vida con un destino perfecto y terminan abrazándose a cualquier útil profesión”***. El autor inglés expresaba así la tragedia que vivimos los hombres entre el deseo de nuestra juventud que nos hace aspirar a cosas grandes, y la pobreza de nuestra vida adulta, que nos hace reconocer la mediocridad en la que se desarrolla nuestra vida presente.

Esta tragedia no es ajena a la vida cristiana, no es ajena a la vida de hombres que se han consagrado a Dios desde la juventud. No es ajena a nosotros. Una de las tentaciones de la vida adulta es abdicar de la tensión hacia este destino perfecto del que hablaba O. Wilde y que el lenguaje de la tradición cristiana siempre ha llamado “SANTIDAD”. Yo, al menos, experimento la tentación de abdicar de este deseo y decir: es imposible, no llegaré nunca a él, me dejaré llevar, aceptaré mi mediocridad y no aspiraré a cosas imposibles. Recuerdo incluso que una vez, estando ya en el Seminario, alguien me dijo que aspirar a estas cosas no era sino orgullo, algo diabólico. Pero esto no es verdad.

Nosotros estamos aquí porque hemos reconocido en la vida de un hombre, en la vida de san Felipe, aquella perfección humana que como una tendencia puso Dios en el corazón del hombre creado, desde el inicio. Hemos reconocido en la vida de san Felipe, aquella perfección

que se realizó por vez primera en la historia, en la humanidad de Cristo, tal como expresa la GS 22: **“Él que es imagen de Dios invisible (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual”**. Hemos reconocido que san Felipe participa de esta perfección de la humanidad de Cristo y hemos recibido el don de ser partícipes de esta vida de Cristo y de esta vida de san Felipe.

Sería orgullo querer arrebatarse a Dios este destino perfecto, su vida divina. Así interpreta san Justino el pecado original: lo que estaba destinado al hombre, el hombre quiso arrebatárselo a Dios sin aceptar el misterio de la dispensación divina, el misterio de la economía salvífica. Pero, frente a esta pretensión de Adán que nace del engaño y de la seducción diabólica, san Justino contrapone la actitud filial de Jesucristo, que como Hijo verdadero, que todo lo recibe del Padre, se pone en disposición no de usurpar, sino de recibir todo de él, aceptando el plan de Dios, el tiempo de Dios, el designio eterno de Dios. En esta clave interpreta von Balthasar el pasaje del Evangelio cuando Cristo dice que “la hora” no la conoce siquiera el Hijo, sino sólo el Padre<sup>1</sup>. Porque el Hijo eterno vive realmente como Hijo recibiendo todo, en cada instante, de su Padre, sin adelantar la hora, sin usurpar al Padre ser el origen sin origen, el principio no creado, ni engendrado, ni espirado, aunque es Padre eterno precisamente porque desde antes del tiempo engendra al Hijo y con el Hijo espira el Espíritu. Y Cristo, verdadero hombre, nos enseña el camino de la humildad, del Hijo que da gloria a su Padre, que todo lo espera de él, que no pretende adelantar su hora.

Volviendo a san Felipe, he de decir que el mismo decreto, nos recuerda el camino de la humildad. Habla concretamente del camino de la simplicidad, que es traducido en castellano como “sencillez”, y de la humildad. Y recuerda unas palabras que san Felipe solía repetir a sus hijos: **“sed humildes, sed sencillos”**. El texto latino conserva las palabras de san Felipe no en latín, sino en italiano. A mí personalmente me parece que este tipo de pequeñas frases que sabemos que san Felipe repetía con cierta frecuencia, deberían permanecer tal cual solían ser pronunciadas por él: **“Siate umili, state bassi”**. “Sed humildes, permaneced bajitos”.

Sin embargo una consideración atenta de lo que dice el texto del decreto no deja de sorprender: **“Los miembros del Oratorio, para alcanzar la perfección, sigan el camino de la sencillez y de la humildad”**. ¿Qué quiero subrayar? Que el camino de la humildad, el camino de una verdadera y dolorosa humildad, que no se queda sólo en las palabras, sino que hace que el alma humana se postre realmente a los pies de sus hermanos y a los pies de Dios y se tenga a sí misma por “nada”, no está reñida con nuestro destino perfecto, con la vocación a la santidad, con la tendencia viva que hemos de mantener hasta la hora de la muerte.

Volviendo al Señor y a su ejemplo de humildad, en aparente contraposición a las palabras tuyas a las que antes hemos hecho referencia, recuerdo estas otras, pronunciadas desde un momento de gran postración: **“Padre —dice Jesús en este momento de gran dolor espiritual—, glorifica a tu Hijo”** (Jn 17,1.5). El Hijo eterno, que se hace hombre para realizar el designio eterno de Dios, que toma la carne humana en el seno de María y la conduce por el camino de

---

<sup>1</sup> HANS URS VON BALTHASAR, *Teología de la Historia*, (Madrid 1992). 27-47

la humildad y de la obediencia filial hasta la cruz, no ha renunciado a su Gloria: **“Glorifica a tu Hijo, con la gloria que tenía junto a ti antes de que el mundo existiese”**. En este momento en el que el Hijo eterno ha unido definitivamente el destino del hombre al suyo propio, a pesar del camino de anonadamiento no renuncia a que la carne asumida por él participe de su gloria. Jesús no renuncia al lugar que le propio como Hijo de Dios, no renuncia al destino de su humanidad. Él, que se postra ante la majestad de Dios y como Hijo aprende sufriendo a obedecer, tal como dice la carta a los hebreos, sumergiéndonos en un misterio insondable, no renuncia a lo que es propio de su persona y de que su carne humana llegue a participar plenamente de lo que, a partir de entonces es el destino cumplido, en esperanza, de todo hombre: **“¡Glorifica a tu Hijo!”**.

Y de la misma forma que San Felipe enseñó el camino de la humildad de la misma forma hizo crecer en los suyos el deseo de llegar a lo más alto, cuando no dejaba de repetir, lleno de la alegría que le caracterizaba y tirando el bonete hacia el cielo: **“¡Paradiso, paradiso!”**. El padre Edorado Cerrato recordaba estas palabras sencillas de san Felipe en una intervención que tuvo en Méjico y que tuve la oportunidad de leer. Y recordaba también cómo aprendieron esta lección Baronio y Newman.

Quiero sólo recordar aquellas palabras que, siendo muy joven, después de su primera conversión, y tras leer una obra titulada **La fuerza de la verdad**, de Thomas Scott, Newman utilizó para espolear su propio espíritu: **“Santidad en vez de paz”**<sup>2</sup>. Aquellas palabras fueron algo así como una profecía de su vida. Unas palabras que toman toda su gravedad cuando uno contempla toda la vida de Newman, sobre todo en sus años más oscuros, en los años que concluirán con la composición de su Apología.

No podemos olvidar el origen de todo, pero tampoco podemos olvidar ni abdicar del fin al que hemos sido llamados. Si experimentamos la tentación de dejar la contemplación de la vida de Cristo, de su humanidad, de la lectura atenta y prolongada de la Escritura, de la contemplación y de la adoración eucarística, no menos sentimos la tentación de abdicar de la llamada a la santidad que hemos recibido. En realidad las dos cosas van de la mano, porque el deseo de alcanzar el cielo y la santidad, no surgen para el cristiano de un voluntad de afirmación de sí mismo, sino del deseo de responder de forma adecuada al amor de Cristo. El que no pierde la atención sobre Cristo muerto y resucitado es el que no olvida su destino, el que no se conforma con un fugaz y pobre descanso, el que se levanta mil veces y lucha por llegar hasta el final. En esta tensión entre el origen y el fin crece el amor a Dios y el amor fraterno. Sólo en esta tensión puede ser concebible la vida del Oratorio. El final de las Constituciones es elocuente en este sentido, dice así el último párrafo: **“Éste es, por tanto, el camino que san Felipe quiso que siguieran los suyos, sólidamente establecidos en total libertad, de forma que se dé el progreso en la virtud y la santa emulación de los mejores, de lo que depende la misma perseverancia en la Congregación”**.

Yo diría aún más: de esto depende la persistencia de la Congregación. Esta tensión hace que una Congregación como tal persista en el tiempo, sostenida por la providencia divina, porque perdida esta tensión, deja de ser aquello que dice su escudo. Esta tensión hacia el

---

<sup>2</sup> IAN KER, *John Henry Newman* (Madrid, 2010), 28



cielo, hacia la santidad, siguiendo a los más perfectos, sostenida no por nuestras pobres fuerzas, sino por la gracia de Dios, es lo que asegura la existencia misma de una congregación. ¿Para que iba a querer Dios sostener la existencia de una institución que no ayuda a su pueblo a buscarlo y a caminar realmente hacia él?

Y cómo he insistido tanto en la necesidad de volver los ojos a Jesucristo para mantener esta tensión hasta el fin, quiero terminar con las palabras del que será nuevo doctor de la Iglesia, san Juan de Ávila:

***¿Y quién es aquel que te ama y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y librate y me amaste, dando tu vida y sangre por mí... Pues en la cruz te quiero buscar y en ella te encuentro, y encontrándote me curas y me libras de mí... Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, aunque sí con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú, amándome, moriste de amor por mí.<sup>3</sup>***

P. Enrique Santayana C.O.

---

<sup>3</sup> S. JUAN DE ÁVILA, *Cartas*, 58. En: *Obras Completas IV* (BAC, Madrid 2003), 269